



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 2. — Madrid 15 de Enero de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 p. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

TEXTO.—*La decena*, por M. Ossorio y Bernard.—*Cartas de Roma*, por Juan de Dios.—*Los grabados*.—*El Papa León XIII y su celo por la restauración de los estudios históricos*, por B. R.—*En Santiago de Compostela*.—*El Jubileo Sacerdotal de León XIII y un nido de pájaro*, por M. Polo y Peyrolón.—*Soneto*, por Teodoro Llorente.—*La resignación perfecta*, por Luis Coloma.—*El Asilo del Sagrado Corazón*, por M.—*El nacimiento de Jesús*, por Juan Arolas.—*Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*.—*Bibliografía*.—*Noticias*.—*Necrología*.

GRABADOS.—*Francisco Zurbarán*.—*Criterio de verdad*, grupo de Don José Reñés y Gurgui.—*Antes de la función*, acuarela de D. Isidro Gil.

LA DECENA

TODAS las noticias, todas las impresiones del momento, refiérense, y no pueden menos de referirse, á Roma. La celebración del Jubileo Pontificio, la Exposición Vaticana, las manifestaciones á que ha dado origen la llegada de los muchos millares de peregrinos procedentes de todas las partes del globo, el cambio de comunicaciones entre Roma y los diferentes países, las solemnidades religiosas con que el catolicismo ha celebrado las Bodas de Oro de Su Santidad: he aquí los únicos asuntos que por el momento solicitan la atención, y los únicos también que serán buscados por nuestros lectores cuando este número llegue á sus manos. Pero como quiera que plumas mejor cortadas que la mía han de tratar semejantes temas, sólo me corresponde abreviar la sección puesta á mi cargo, para no privarles de más gratas lecturas, ni robar un espacio que con preferente derecho reclaman otros escritos.

Cronista de sucesos madrileños y de acontecimientos menudos, la grandeza del Jubileo Pontificio no cabe en los estrechos límites en que me debo encerrar.

* *

Manuel Fernández y González ha muerto.

Aquella poderosísima inteligencia, de tantas bellezas creadora, se ha extinguido; aquella personalidad ilustre no figura ya entre las que forman la república de las letras; el que ganó é hizo ganar millones con los frutos de su clarísima y fecunda inspiración ha concluido sus días en pobrísima vivienda, sobre un lecho mezquino y nada abundante de ropas, y dejando como única herencia, según informes de la prensa periódica, una peseta y cincuenta céntimos. El Ateneo de Madrid, donde su cadáver ha sido depositado y embalsamado, costeó los gastos de su entierro, y este ha sido una manifestación de duelo nacional. En estos momentos no es dable trazar una completa y detallada biografía del célebre novelista, como no lo es tampoco de formular justo y desapasionado juicio de su producción literaria. Púedese en cambio asegurar que las letras han perdido uno de sus cultivadores más

ilustres y fecundos, y que su nombre pertenece desde hace mucho tiempo á nuestra historia.

* *

D. Manuel Fernández y González nació en Sevilla en 6 de Diciembre de 1821 y vió correr en Granada los años primeros de su existencia: por esta causa se le ha tenido por granadino. Estudió Filosofía y los primeros años de la carrera de Derecho; pero llamado al servicio de las armas en 1841, cumplió en él los años reglamentarios, retirándose en 1847 con el empleo de sargento y la cruz de San Fernando. Antes de entrar en el ejército y durante sus servicios en él había dado ya al público y al teatro varias de sus producciones; pero su verdadera vida literaria arranca del año 1850, en que se estableció en Madrid. Bien pronto sus primeros ensayos se convirtieron en sazonados frutos; su nombre se hizo popular; sus obras alcanzaron éxitos no conocidos hasta entonces, y llegó un día en que el autor pudo dictar la ley á los editores, y que éstos lograsen, no obstante, beneficios incalculables. La ganancia de Fernández y González durante veinte años puede contarse por millones; después las nuevas corrientes del gusto, ó las tristes condiciones en que escribía el novelista, le hicieron menos buscado. Sus últimos tomos se han pagado á treinta y treinta cinco duros.

Algunos periódicos insertan los títulos de algunas de las obras de Fernández y González. Mi carácter investigador y curioso me permite formar la siguiente lista, que no será completa, pero seguramente la más numerosa:

NOVELAS.—*El doncel de Don Pedro de Castilla*.—*La mancha de sangre*.—*Las siete noches de la Alhambra*.—*Obispo, casado y rey*.—*Martin Gil*.—*El avaro cojo*.—*Allah-Akbar*.—*El laurel de los siete siglos*.—*Ricardo espada larga*.—*Doña Isabel la Católica*.—*El condestable Don Alvaro de Luna*.—*Don Ramiro I de Aragón*.—*Juan el Segun-*



FRANCISCO ZURBARÁN.

do. — *Mén Rodríguez de Sanabria.* — *Enrique IV.* — *Los siete Infantes de Lara.* — *Doña Sancha de Navarra.* — *Los monjes de las Alpujarras.* — *El tributo de las cien doncellas.* — *La cabeza del rey Don Pedro.* — *El cocinero de S. M.* — *El alcázar de Madrid.* — *Bernardo del Carpio.* — *Los amores de Alfonso VI.* — *El Pastelero de Madrigal.* — *D. Juan Tenorio.* — *Luisa, ó el ángel de la redención.* — *Amparo.* — *Magdalena.* — *Historia de un hombre contada por su esqueleto.* — *La voluntad de Dios.* — *La novia de la fantasma.* — *Amor de monja.* — *La dama de noche.* — *Los enemigos del alma.* — *El rey del mundo.* — *Una historia inverosímil.* — *La reina sangrienta.* — *La sobrina del Cura.* — *La leyenda de Madrid.* — *El encanto de las musas, D. Pedro Calderón de la Barca.* — *La violeta de la Umbria.* — *El Arcediano de San Gil.* — *La beata del tocón.* — *Don Miguel de Mañara.* — *Las mojigatas.* — *Las busconas.* — *La estrella de la tarde.* — *El Príncipe de los Ingenios Miguel de Cervantes Saavedra.* — *El rico hombre de Alcalá.* — *El castillo de las siete mancas.* — *Un horóscopo real.* — *Luz y sombra.* — *El aljibe de la gitana.* — *La Virgen de la Paloma.* — *Los esclavos blancos.* — *El Conde-Duque de Olivares.* — *El Marqués de Siete Iglesias.* — *El corregidor de Almagro.* — *Lucrecia Borgia.* — *La sombra del gato.* — *Los piratas callejeros.* — *Historia de una venganza.* — *El martirio del alma.* — *Paris subterráneo.* — *Mantos, capas y sombreros.* — *El rey de Sierra Morena.* — *El diablo encarnado.* — *La piel de la justicia.* — *La fe del amor.* — *El pozo de los suspiros.* — *El rey hambriento.* — *El manco de Lepanto.* — *La candelera de San Jaime.* — *Doña María la Brava.* — *Los pichones y los setemesinos.* — *El ángel de la patria.* — *Las monedas falsas.* — *Los siete niños de Eciija.* — *Los grandes infames.* — *Los hijos perdidos.* — *Los desheredados.* — *El collar del diablo.* — *Juan Palomo.* — *Doña María Coronel.* — *José María el Tempranillo.* — *Cid Rodrigo de Vivar el Campeador.* — *Los busca-vidas.* — *La hija del Carnaval.* — *Los Tenorios de hoy.* — *La chula sensible.* — *La vieja verde.* — *Los infiernos de la vida.* — *La esclava de su deber.* — *El montero de Espinosa.* — *Pedro Quirós.* — *El rey de Andalucía.* — *La luna de miel y la luna de hiel.* — *Las buenas y las malas madres.* — *D. Francisco de Quevedo.* — *Los amantes de Teruel.* — *Los negreros.*

OBRAS DRAMÁTICAS. — *El bastardo y el rey.* — *La capa roja.* — *Sansón.* — *La infanta Oriana.* — *Traición con traición se paga.* — *Con poeta y sin contrata.* — *Un duelo á tiempo.* — *Aventuras imperiales.* — *Don Luis Osorio.* — *Entre el cielo y la tierra.* — *Cid Rodrigo de Vivar.* — *Padre y rey.* — *Deudas de la conciencia.* — *Luchar contra el sino.* — *La muerte de Cisneros.* — *Nerón.* — *Los encantos de Merlín.* — *Lo que ha de ser está escrito.* — *La escuela de buenas costumbres.*

Entre sus poesías merecen preferente recuerdo el canto épico á *La batalla de Lepanto*; las redondillas al Rasgo de la reina Doña Isabel, premiadas por la Real Academia Española, y su leyenda poética *El infierno del amor*. Deja además copiosa colección de artículos y poesías en diversas publicaciones.

¡Cuántos primores en tan riquísimo caudal! ¡Cuántos tesoros en sus obras, y cuántas enseñanzas en su vida!

* *

La resonancia de la muerte de Fernández y González ha hecho que pase poco menos que inadvertida la del distinguido pintor y catedrático de Estética D. Juan Martínez Espinosa y la del director de la Sociedad de conciertos D. Casimiro Espino, autor de numerosos trabajos líricos.

Por señas que en la muerte de uno de dichos artistas existe una nota de mercantilismo fúnebre, que no puede quedar sin protesta. La gravedad de su dolencia, aunque le impedía consagrarse á sus habi-

tuales obligaciones, ni le obligaba á guardar cama, ni parecía indicar la proximidad de un término fúnebre. Todos sus amigos le animaban, atribuyendo á una exagerada aprensión el malestar de que era víctima, cuando el mercantilismo acabó, como he dicho, con la aprensión y con la vida del enfermo. El día 5 llamaron á la campanilla de la casa del mismo, y bien porque los criados estuvieran ausentes, ó porque el campanillazo le sorprendiese junto á la puerta, el hecho es que abrió el enfermo mismo.

— ¿Vive aquí D. Fulano de Tal? — preguntó el que llamaba.

— Sí, señor.

— Pues sabiendo lo grave de su estado, le suplico á usted que entregue á la familia este papel.

El enfermo lo desdobló, y pudo ver el carácter del anuncio de una de las empresas funerarias ofreciéndose á hacer por poco dinero todas las diligencias religiosas y civiles relacionadas con la muerte de un individuo.

El enfermo, que por la mañana había recibido la extraña visita, por la noche era cadáver.

Asunto es este en que los respetos que merece toda industria lícita impide ciertas censuras y la intervención de las autoridades; pero dentro del orden moral y de las conveniencias, hasta dentro de las reglas que impone la caridad, puede y debe exigirse á las empresas funerarias que no persigan de tal suerte el negocio y que dispongan siquiera de un personal discreto, incapaz de ir á contratar directamente con el propio enfermo las condiciones de su entierro. Es de creer que la aprensión sólo no puede matar á una persona; pero si un amigo á quien encuentra en paseo le dice que está muy desmejorado, si otro ratifica el mismo concepto, y un tercero le indica que debe retirarse á su habitación, y otro le recomienda que se acueste, y la familia le advierte la conveniencia de cumplir con Dios y no desatender á los supervivientes, y en esto llega un empleado ó corredor de entierros y funerales ofreciendo sus servicios, es seguro que la persona objeto de tales cuidados no necesitará los del médico, que tantas veces resuelve por sí solo el tránsito de la vida á la muerte.

* *

La Cámara francesa se ha limitado recientemente á poner el *visto* á una exposición que le había dirigido la señora Valsayre, pidiendo que se conceda al bello sexo la facultad de adoptar el traje masculino.

Porque habrá dicho la Asamblea para sí:

— ¿Qué más libertad que la que tiene el bello sexo ni qué más traje masculino que el que gasta ya? Usa sombrero de copa alta, jerseys y abrigos en un todo semejantes á los de los hombres; lleva camisa de cuello alto y puños como nosotros, chaleco cerrado, distintivos militares... lo único que queda á la mujer es la falda, y esa debe conservarla, aunque debajo de ella gaste, como gastan muchas, pantalones.

La señora Valsayre ha tenido, pues, que aplazar para otro tiempo el cumplimiento de su deseo, y la Cámara francesa ha dado una prueba de buen gusto; pues de haber accedido á la petición hubiera sido muy fácil que las señoras mujeres, no satisfechas con su triunfo, siguieran trabajando hasta lograr que los hombres usásemos enaguas y polissón. Y esto sería ya un abuso, aunque conozco á muchos hombres que se alegrarían del trueque de trajes, como más en consonancia con su situación dentro del hogar doméstico.

¿Para qué necesita pantalones la mujer anarquista que concurre á los clubs y toma parte en las manifestaciones del arroyo, esperando que vuelvan los tiempos en que se siente á tomar el sol y hacer calca en la plaza pública donde se alce la guillotina?

¿Para qué necesita el traje masculino la que do-

mina en su casa y no permite que se escuche más voz que la suya, ni se propinen otras bofetadas que las que procedan de sus manos?

¿Para qué necesita el traje masculino la mujer que estudia á Kant y á Krausse, la que delira con Allan-Kardek, la que cultiva por oficio las letras, frecuenta los cafés ahumados, da conferencias, tiene partido político y combate en los comicios lo mismo que dispararía una carabina á la sombra de una barricada?

El malogrado Picón creyó haber rebasado los límites del absurdo en la *Isla de San Balandrán*; pero su cuadro resultará muy pálido en lo porvenir.

¿A qué fin buscar el ostentoso y público triunfo? ¿Por qué aspirar á una supremacía, por decirlo así, legal, cuando la mujer ejerce verdadero é indiscutible dominio sobre el hombre, y reina en su corazón, y reina en el hogar, y tiene en su debilidad escudo y arma para los combates de la vida? ¿No comprende que en el momento en que renuncie á tan dulces atributos habrá de compartir lógicamente las penalidades de hombre, y correr los mismos peligros y contraer las mismas responsabilidades que éste?

Los legisladores franceses hubieran podido resolver el asunto mejor que lo han hecho, concediendo á las mujeres el traje masculino, y haciéndolas ingresar en los cuarteles á los veinte años para prestar durante diez á la patria el servicio militar.

M. OSSORIO Y BERNARD.

CARTAS DE ROMA

Roma 2 de Enero de 1888.

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:



UY SEÑOR MÍO: Debo ocuparme en la presente carta del acto más importante del Jubileo: de la Misa Pontificia, celebrada con toda solemnidad ayer 1.º de Enero del presente año.

Nos reunimos todos los españoles el día 30 de Diciembre, á las tres de la tarde, en el Palacio Doria, con objeto de recibir el billete para entrar en San Pedro á oír la Misa Papal.

Desde las primeras horas del día señalado para el solemne acto se observaba extraordinaria animación en toda la capital. La plaza en donde está situada la Basílica hallábase ocupada por dos batallones de infantería, que el Gobierno había enviado para que la entrada se verificase con el mayor orden. Se calcula en 60 á 70.000 las personas que han asistido á la Misa, explicándose así que á las nueve de la mañana no cupiera en la iglesia ni un alfiler. En el sitio reservado para los Representantes ordinarios y extraordinarios de las Potencias hallábase el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, ostentando la cruz de Villaviciosa. En una tribuna especial se hallaban los individuos de la familia Pecci, á la que pertenece el Papa. En otra tribuna nuestras compatriotas las Marquesas de la Coquilla y de Bedmar, y las Sras. de Vargas, Agrela, Agüera y Pardo Bazán. Delante del altar papal los Cardenales y Obispos de la corte pontificia, ocupando cuatro largas hileras de escaños, y detrás de estos Prelados multitud de Sacerdotes de todas jerarquías.

Poco después de las nueve y media apareció el primer Cardenal acompañado de dos guardias suizos, y detrás de éste todos los demás Cardenales.

En seguida salió el Papa de la capilla del Sacramento, sentado en la silla gestatoria, forrada de terciopelo rojo, que era conducida por doce lacayos vestidos con trajes de raso azul y rojo. Desde la capilla del Sacramento el Papa fué conducido á la de la Piedad, en donde fué revestido con el ropón pontificio y la magnífica mitra blanca que le ha re-

galado el Emperador de Alemania. Detrás del Sumo Pontífice iban todos los Prelados de la Cámara pontificia, después el Auditor de la Rota, é inmediatamente veinte Cardenales.

Al ver aparecer á León XIII, la multitud le vitoreó, aplaudiendo con delirio, y dando vivas al Papa-Rey. El aspecto de la Basílica en aquel instante era imponente, á la vez que conmovedor.

Cuando llegó al altar mayor descendió de la silla gestatoria, y postrándose en el reclinatorio oró breves instantes. Algunos segundos después, y habiéndose cubierto la cabeza con el blanco solideo, dió principio la Misa, que duró veintiséis minutos, y durante la cual la Capilla de música de la Sixtina llenaba de armonías el vasto templo. Asistieron á Su Santidad durante la Misa, Monseñores Benti y Saminalepi, y los Canónigos Falchy y Cassali. Una vez aquella terminada, cantó el *Te Deum*, que fué contestado por el pueblo, y rezó las oraciones de ritual. Después subió de nuevo sobre la silla gestatoria, que fué colocada en un estrado situado ante la Confesión de San Pedro.

En torno del Papa se colocaron los Cardenales; un Arzobispo sostuvo un libro donde el Pontífice leyó durante algunos segundos, y otro una vela amarilla.

Después de rezar el *Benedicite* dió Su Santidad la bendición, y acto continuo el Cardenal diácono publicó la Indulgencia plenaria.

El manto llevado por León XIII en la ceremonia era regalo de los agustinos de Roma; el reclinatorio fué comprado con el producto de la suscripción de los vecinos del barrio del Borgo; el ánfora y platillo eran obsequios de la reina de Inglaterra; las andas, en que se condujo la silla gestatoria, del pueblo de Nápoles; el crucifijo colocado en el altar, de los católicos de Austria; y la capa, de la aristocracia romana.

Concurrieron á la ceremonia los príncipes Colonna y Orsini. El Cardenal Hergenrhoeter, que está paralítico, se hizo conducir en andas á San Pedro.

La salida de la iglesia se verificó tumultuosamente, habiendo que deplorar algunas desgracias, como la fractura de una pierna de un capitán de la guardia pontificia, que se cayó del caballo, y la pérdida de tres niños.

Excuso decir á usted que no han faltado descontentos con motivo del reparto de papeletas, empresa difícilísima, dado el empeño con que así el pueblo romano como los peregrinos de todo el orbe pretendieron asistir á la ceremonia para unirse á la imponente manifestación del Catolicismo, con motivo de las Bodas de Oro del sabio, ilustre y virtuoso anciano que hoy ocupa la Cátedra de San Pedro.

JUAN DE DIOS.

* *

Roma 6 de Enero de 1888.

Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA:

Muy señor mío: Coméntase mucho el discurso del Papa en contestación al mensaje del Presidente de la romería italiana. He aquí algunos párrafos de tan importantísimo documento:

«Refiriéndonos á la actualidad — dijo — sábese que hay una verdadera conjuración urdida con pérfida astucia, encaminada á derribar el Papado, presentándole como enemigo de Italia.

«Desoyendo á los que tales cosas afirman, os agrupáis con quienes desean restablecer el Papado en condiciones de soberana independencia.

«Dicen que obrando así no amáis á la patria y procuráis su ruina.

«Yo afirmo que el Pontificado constituye la gloria más pura de Italia. Unida ésta al Papado será la primera, mientras de la guerra con él resultarán divisiones lamentables y la pérdida de su prestigio.

«Al luchar los italianos procurando la independencia del Papa cumplen altísimos deberes de católicos y de patriotas.

«Las fiestas del Jubileo han conmovido al orbe, pues con tal ocasión han felicitado á la Sede Apostólica los particulares, los Gobiernos y los Príncipes.»

La tirantez de las relaciones entre el Quirinal y el Vaticano ha llegado á tal punto, que el Gobierno italiano ha ordenado á sus representantes en todas las capitales de Europa que se abstengan de asistir á las fiestas que con motivo del Jubileo se celebren.

Monseñor Rampolla, secretario de Estado de Su Santidad, ha transmitido á los Nuncios el discurso del Papa en contestación al mensaje de los peregrinos italianos, como norma á que debe ajustarse la política vaticana.

La *Riforma*, órgano del Sr. Crispi, publicó el día 4 un artículo que se atribuye al mismo ministro, y que dice entre otras cosas:

«Supónese que el Vaticano ha rechazado las proposiciones conciliadoras del Gobierno. No es cierto.»

«El Vaticano no ha rechazado semejantes proposiciones, por la sencilla razón de que el Gobierno no ha ofrecido nada.»

Este artículo ha producido gran sensación, aun cuando no haya podido sorprender á nadie.

Ayer 5 dijo el Papa en la Basílica de San Pedro la segunda Misa, oída exclusivamente por los peregrinos italianos, que después de terminado el acto fueron obsequiados en la sacristía con un espléndido refresco.

Asegúrase que el Gobierno italiano siente vivísima irritación contra el Papa por la alocución pronunciada al recibir á los comités organizadores del Jubileo, ó lo que es más cierto, porque el movimiento operado en la opinión, hasta en las naciones que no profesan la religión católica, ha venido á poner de manifiesto nuevamente el problema del poder temporal como garantía del espiritual, problema que los liberales italianos creían resuelto por los compañeros de Garibaldi. El inusitado relevo del Síndico de Roma denuncia el despecho del Gobierno del rey Humberto.

Hoy á las doce ha sido solemnemente inaugurada por Su Santidad la Exposición Vaticana en la Sala Central dispuesta al efecto. Por referencias sé — pues al acto sólo han asistido los Cardenales, los Obispos, la nobleza romana y los presidentes y secretarios de los comités nacionales, — que el Cardenal Schiaffino ha leído el discurso inaugural, contestando el Pontífice en levantados términos, y cantándose á continuación un himno grandioso del maestro Capocci, premiado en el concurso abierto al efecto. El Papa, seguido del concurso entero, visitó de seguida las instalaciones de Italia, Francia, Alemania y Austria-Hungría; la española no ha tenido la misma suerte, acaso por haber sido relegada á una galería suplementaria á la Exposición, y por no haberse facilitado á los expositores personal para los trabajos de instalación, ni las vitrinas que reclama la clase de objetos expuestos. Esta contrariedad sólo puede atribuirse á causas de un orden secundario, sabiendo el preferente interés y la cariñosa solicitud con que el Pontífice distingue á nuestro país.

Mañana 7 es el designado para recibir á la peregrinación española, momento ansiado por todos nuestros compatriotas que constituyen la romería.

Terminaré esta carta reproduciendo una frase de Su Santidad que pinta admirablemente su carácter paternal y pacificador. Días después del 1.º del año decía á un personaje ilustre: «Cuando el domingo, y en la iglesia de San Pedro, ví en un altar á mi izquierda la mitra del Emperador de Alemania, á mi derecha la tiara de la capital de Francia, y delante de mí la cruz remitida por el Emperador de Austria,

me preguntaba si no había en esto algo simbólico, si esta aproximación no sería imagen y promesa de otras, y pedía á Dios poder encerrar á dichos pueblos en la misma bendición y dar la paz al mundo...»

Nada más tierno que este noble y cariñoso pensamiento del Pontífice, que prefiere á todos sus títulos el de pacificador.

JUAN DE DIOS.

LOS GRABADOS

FRANCISCO ZURBARÁN.

Este notable pintor, de la mejor época de la escuela sevillana, nació en Fuente de Cantos (Extremadura) en Noviembre de 1598 y murió en Madrid en 1662.

Entre las muchas obras del mismo que conserva el Museo Nacional de Madrid, figuran las de carácter religioso: *Visión de San Pedro Nolasco*, *Aparición de San Pedro Apóstol á San Pedro Nolasco*, *Santa Casilda* y *El Niño Jesús dormido sobre la Cruz*.

ANTES DE LA FUNCIÓN.

(Acuarela de Don Isidro Gil.)

Figuró esta acuarela del pintor burgalés, premiado en diferentes Exposiciones, en la Nacional de 1878. Su carácter nos releva de toda explicación.

CRITERIO DE VERDAD.

(Grupo de D. José Reynés y Gurgui.)

Este grupo del escultor catalán figuró y fué premiado en la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1876. Representa á un sacerdote sentado, tomando la lección á un niño: la actitud del clérigo es acertada; la del niño, que atiende al libro y mueve á la vez sus inquietos pies, es también natural; las cabezas tienen expresión exacta, y el ropaje muestra detalles de tan buen efecto como acertada ejecución.

EL PAPA LEÓN XIII

Y SU CELO POR LA RESTAURACIÓN DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

I



Si nuestros ojos no lo vieran y no lo tocáramos con nuestras propias manos, lo creeríamos posible tan sólo en las regiones del idealismo, que, cerniéndose en altísimas alturas, no siempre tiene vida práctica en el mundo de la realidad. Un Soberano que cuenta sus súbditos en número que no puede disputarle ningún poder humano, y por añadidura la extensión de cuyo dominio sólo termina en los últimos confines de las cinco partes del mundo; Soberano que en el terreno de la diplomacia despliega tal política de atracción, que á ella no resisten monarcas, ni príncipes, ni ministros cuyas creencias son antitéticas ó muy distintas de las que enseña este Padre común de los fieles, que al mismo tiempo es Rey y regulador de las almas; Soberano también de los entendimientos que en la arena candente de discusiones filosóficas, se ha propuesto restaurar las enseñanzas de la escuela que ha dado al saber las más profundas metafísicas y por ende los pensadores más sesudos; este Soberano, cuyas tareas son tan vastas como sus dominios, y cuya misión no encuentra en la tierra misión que la iguale, se ha propuesto, y lo conseguirá sin duda alguna, restaurar la verdadera *ley de la historia*, cuyas prescripciones consisten, como consta en la carta que al efecto ha escrito, y de la cual tienen ya noticia nuestros lectores, en no olvidar ni por un solo momento que «la primera ley de la historia es no mentir, la segunda no temer decir la verdad, y la tercera que el historiador no dé lugar á que se sospeche de él ni por animosidad ni por adulación.» Porque no hay

soberano como este Soberano, no hay poder como su poder.

Por esto en el actual Pontífice, como en su augusto ministerio, todo es grande, todo es singular con singularidad de buena casta; nada tiene de común con los demás soberanos, pues á todos ellos aventaja en lo sublime, en lo excelso de su origen, en lo elevado de sus miras, en lo especial de sus medios y en la naturaleza de su fin. Y es el caso que, pastor de los pastores, siervo de sus siervos y representante en la tierra del Dios que habita en los cielos, no olvida que la humanidad á su paso por esta tierra, no sólo está reñida con el progreso y la perfección en su concepto más racional, sino que hasta constituyen para ella una tendencia hermosísima, en la cual la necesidad y el deber van unidos en lazo noble y bello de unión fecunda é incesante. Así se explica que la Iglesia, personificada en los Pontífices, en el decurso de los siglos, al santificar las almas, no haya perdido de vista la ilustración de los entendimientos, como lo atestiguan hechos y recuerdos que resisten á toda suspicacia que no sea ceguera voluntaria.

Pero si al restablecer la filosofía de Santo Tomás de Aquino León XIII tuvo que declarar guerra sin cuartel á las teorías del racionalismo, al restablecer la ley de la historia ha tenido por objeto fundamental «evitar á toda costa que la noble profesión del historiador se convierta en el más fiero azote público y doméstico, procurar que los hombres de corazón doctamente versados en este género de estudios, se consagren á escribir la historia de tal suerte, que sea espejo de la verdad y sinceridad; que los injuriosos insultos que ha tanto tiempo se acumulan contra los romanos Pontífices se contradigan docta y convenientemente; que á las narraciones insuficientes sustituyan laboriosas y maduras investigaciones; que se opongan, por fin, á los fallos temerarios los juicios de la prudencia y á las opiniones frívolas la crítica de la erudición. Sí, es preciso aplicarse con energía á refutar mentiras y falsedades, para lo cual hay que estudiar en las mismas fuentes históricas.»

Semejante lenguaje no lo usa el acusado que no tiene en su poder todos los recursos de la verdad contra la mentira, y es la expresión leal y firme á la vez de toda la tranquilidad de la inocencia contra las insidiosas asechanzas de la calumnia y de la mala fe. Sólo quien está seguro de la causa que defiende, de la razón que le asiste, puede, como lo hace León XIII, esperar tranquilo el fallo de la historia en pro de la institución que tan sabia y tan santamente está representando. Y no sólo esto, sino que sólo quien conoce con toda precisión la solidez y seguridad del terreno en que está defendiéndose, puede con largueza ofrecer á sus enemigos armas que sirvan ó que puedan utilizarse en contra suya. Sabido es cómo en nuestros días por lo común se escribe ó se explica la historia; y nosotros mismos, que en este lugar hemos saludado con alborozo el renacimiento de la literatura histórica y el afán por desempolvar vetustos documentos; nosotros, que hemos lamentado la ligereza de los que con vanidad pueril y con un aplomo más pueril todavía han fallado, inapelablemente al parecer, sobre hechos, sobre épocas y nombres ante los cuales la prudencia, la circunspección y la escasez de datos se inclinan reverentes sin atreverse á pronunciar la última palabra, con frecuencia nos hemos lamentado también de la poca imparcialidad de los que estudian y de los que escriben y explican la historia poco menos que á beneficio de inventario. Y sobre todo, y tal vez como á origen fundamental de todos estos males, en el entusiasmo que sentimos, en el por tantos títulos merecido cariño que sentimos por los acontecimientos que pasaron, en relación con los presentes y con los que han de venir, nos hemos

condolido, como volvemos á condolernos hoy, de la falta de filosofía de la historia en los que la cultivan, en los que desempeñan la misión altísima y trascendental de publicar las lecciones que contiene, los tesoros que guarda y las fecundísimas experiencias que para todos ofrece ésta que, con exactitud profunda y sabia, se llama *profecía de lo pasado*. Si es cierto que mucha filosofía conduce á la religión y poca filosofía separa de la religión, hemos pensado muchas veces, y con detención muy detenida, que un cabal estudio del pro y el contra de los datos y de los hechos que constituyen la historia en sus distintas ramificaciones, unido todo en haz apretado á un gran caudal de filosofía histórica como la escribieron en lo antiguo Eusebio con San Agustín, y en nuestros tiempos los Riancey, Cantú, Quadrado y el mismo Cardenal Hergenroether, indudablemente llevarían á este ramo de los humanos conocimientos el progreso que de consuno reclaman la verdad y la justicia, y que en manera alguna esquivan el Catolicismo, como lo prueba hasta la evidencia no sólo la nueva iniciativa que está tomando la Santa Sede en materia de tanta trascendencia bajo todos conceptos, sí que también los trabajos de muchos de sus hijos más preclaros. Y es en nombre de la justicia y la verdad que el Papa León XIII abre los archivos Vaticanos, no cerrados hasta hoy como algunos han dicho, sino más abiertas sus puertas, más franqueados sus estantes, para que *todos aquellos que gustan de investigar la verdad acudan en tropel á recoger monumentos dignos de memoria*.

(Concluirá.)

B. R.

EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

INVOCACIÓN DIRIGIDA AL APÓSTOL SANTIAGO POR EL SR. DON MANUEL PIÑEIRO HERBA, CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y PRIMER TENIENTE ALCALDE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD, EN EL ACTO DE PRESENTAR LA OFRENDA EN LA BASÍLICA COMPOSTELANA, EN NOMBRE DE SU MAJESTAD EL REY DON ALFONSO XIII, Y POR DELEGACIÓN DE SU MAJESTAD LA REINA REGENTE DOÑA MARÍA CRISTINA, EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1887.

APÓSTOL SANTO:

REVERENTEMENTE prosternado ante el Altar, que ostenta el esplendor y la gloria de Vuestra Imagen, y dulcemente emocionado cabe el Sepulcro que encierra los venerandos restos de Vuestro Cuerpo mortal, vengo, por favor del Cielo, en calidad de humilde representante, á cumplir en Vuestro obsequio los piadosos y solemnes acuerdos de León y de Castilla.

La ofrenda que, por primera vez, tengo la honra de presentaros en nombre de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, y por delegación de S. M. la Reina Regente Doña María Cristina, es, con toda seguridad, testimonio elocuentísimo de la piedad que animó siempre á nuestros Soberanos, á la par que expresa el más vivo y perenne recuerdo de los beneficios que por Vuestra singular intercesión hubieron de alcanzarse en días aciagos para nuestra Patria.

Al dirigirme á Vos, APÓSTOL SANTO, en este memorable día, que es el penúltimo del año LXXXVII, en el cual, por feliz coincidencia, se celebran con inmenso júbilo de todos los fieles *Urbis et orbis* las Bodas de Oro del Vicario de Jesucristo en la tierra, no puedo menos de implorar, con ocasión de tan notables acontecimientos, Vuestra poderosa y eficaz protección para la católica España, para el Rey Don Alfonso XIII, para la Augusta Señora que felizmente rige los destinos de la Nación Española y para toda la Real Familia.

Y vos, Excmo. Sr., que, así por vuestro saber y virtudes, como por el carácter y dignidad que os

afectan, habéis sido colocado por la Providencia al frente de la Iglesia Compostelana, para regirla y prodigarle vuestros desvelos y afanes, orad con vuestro Cabildo, con vuestro Clero y con vuestro pueblo, para que el SANTO APÓSTOL acepte propicio las súplicas que desde lo íntimo de mi alma elevo á Aquél que nos enseñó esta tan profunda como luminosa verdad: «Pedid y recibiréis.»—HE DICHO.

CONTESTACIÓN DEL EXCMO. Y REVMO. SR. DR. D. VICTORIANO GUISASOLA Y RODRÍGUEZ, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, ARZOBISPO DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Me es sumamente grato, M. I. Señor, recibir por el digno conducto de V. S. la ofrenda tradicional, que se digna enviar S. M. la Reina Regente en nombre del Rey su hijo (q. D. g.) y en representación de los antiguos reinos de León y de Castilla.

Si en esto, como en todo, la excelsa y religiosísima Señora ha debido hacerse intérprete del que aún no puede expresar voluntad propia, yo á mi vez debo serlo del Personaje sublime, objeto de la regia liberalidad, ya que, á pesar de relacionarse con nosotros por misteriosa manera desde las regiones inmortales, donde habita, no habría de comparecer personalmente á dirigirnos su voz augusta.

En tal virtud, M. I. Señor, yo debo aseguráros (pues creo puedo hacerlo) en su nombre y representación, que es muy acepta á sus ojos la piadosa dádiva, y que sus sentimientos en orden á España son de singular benevolencia y de solicitud paternal.

Él es, con efecto, nuestro padre en la fe, nuestro maestro, nuestro defensor, nuestro protector, nuestro guía. ¿Qué ha de hacer, pues, sino amarnos con ternura, y qué mucho que nosotros, á ley de reciprocidad, le protestemos periódicamente, por manera solemne, sincero reconocimiento y amor entrañable?

No perecerá España mientras así proceda, mientras conserve estas piadosas prácticas y siga evocando tradiciones venerandas. No perderá en ello, ni tampoco los que rijan sus destinos; que á dicha debe tenerse el gobernar á un pueblo imbuído por la Religión, y mucho es sobre todo contar para ello con la protección del Cielo.

Hace á este propósito un suceso, que ahora recuerdo, no contemporáneo, ni perteneciente á nuestra historia, sino á la del pueblo Israelita, á quien todo, á decir de San Pablo, acaecía en figura. Léese en el libro 2.º de los Macabeos una visión tenida por Judas, y que en gran manera alentó á aquel puñado de héroes que él capitaneaba: Era el santo Sacerdote Onías, que habiendo favorecido al pueblo mucho en vida, oraba por él ante el Trono de Dios con las manos alzadas. Y aparecióse luego otro varón, insigne por la edad y majestad, y rodeado de grande hermosura; y Onías dijo: «éste es el amador de sus hermanos y del pueblo de Israel; este es el que ruega mucho por el pueblo y por la santa Ciudad: Jeremías, profeta de Dios.»

Así también nosotros tenemos en el divino acatamiento un amigo, un hermano, aún más, un padre solícito de favorecernos; y ese amigo, ese hermano, ese verdadero padre, no hay para qué enunciarlo: habréis comprendido quién es.

Y pues que á su protección poderosísima hemos debido renombradas hazañas y todo linaje de codiciadas glorias, ¿quién no abraza esperanzas para en lo porvenir, ya que han aparecido, y como que reviven á nuestra vista, sus venerandas cenizas, ocultas tiempo hacía providencialmente? España, lo esperamos, recobrará su fe, la fe que la hizo grande, y en virtud de esa fe volverá á serlo.

No es esto creer en la esperanza contra toda esperanza, M. I. Sr.; consideremos si no lo que pasa á nuestra vista. Coincide esta solemnidad nuestra,

como bien habéis notado, con otra que conmueve al mundo, la del Jubileo Sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII. Y ¿qué hace España, la infeliz España? No, no será ella la que, á pesar de sus muchos quebrantos, deje de hacer santo alarde de su generosa piedad. Id si no á la corte, á Barcelona, á Sevilla, á Valencia, á Zaragoza; preguntad á Cádiz, interrogad á Granada, que os diga Málaga; fijad vuestra atención aun aquí, en la desventurada Galicia, no obstante su angustioso desaliento; y no podréis menos de maravillaros á vista de tanta fe, de tanta piedad y de tanto y tan vivo entusiasmo.

Pues esto, que vale más que todas las grandezas y prosperidades de la tierra, no á otro seguramente se lo debemos, que á nuestro celestial Patrono y favorecedor; á nuestro Onías, ó, si queréis, nuestro Jeremías, al amigo del pueblo español, que es por sagrados títulos pueblo suyo.

Con razón, pues, M. I. Sr., le habéis pedido (y yo se lo pido á mi vez con encarecimiento) que no retire, antes bien nos siga prestando su paternal y valioso patrocinio, siquiera alguna vez aparezcamos indignos de obtenerlo. Velad, sí, ¡APÓSTOL SANTO! seguid velando sobre esta Nación católica, mística heredera vuestra, plantada por vuestras manos y regada con vuestros sudores; que os debe lo que ha sido y lo que es, y á Vos fía también su porvenir incierto. Velad sobre ella y seguid siendo su ángel tutelar; sedlo de su inocente Monarca, y mostraos propicio á su augusta Madre y á toda la Real Familia; propicio para con nuestros gobernantes, comunicándoles luz y acierto, y propicio también para con los pueblos gobernados, inspirándoles sensatez, religiosidad y sólidas virtudes.

Y puesto que hemos mentado á nuestro Santísimo Padre el Pontífice Supremo, dispensadle también, SANTO APÓSTOL, vuestra protección eficazísima, para que esta etapa, que solemnizamos, de su preciosa vida, inaugure otra de libertad y bienandanza para él y para la Santa Iglesia. ¡Oh! ¿qué otro baluarte necesitaría ella, ni qué otra defensa el Pontificado, si, respondiendo á vuestra inspiración, excelso Hijo del trueno, tornase á ser lo que antes era esta Nación generosa y magnánima? Bendecidla, pues, á tal efecto y bendecid á todos sus hijos. Bendecid por modo especial á los hijos de este país clásico de la fe y de la piedad religiosa; y todavía más especialmente á los de esta ilustre Metrópoli, que deben siempre mereceros preferencia. Colmad de bendiciones, en su persona y familia, al noble caballero católico que veis de hinojos ante Vos, y bendecid al esclarecido Municipio que viene á tributaros rendido homenaje. Y por fin ¡Santo mío! me atreveré á pedirlos: bendecid señaladamente, y con efusión singularísima, á los que, formando vuestra legión de honor, lo ciframos en custodiar vuestro glorioso sepulcro.

EL JUBILEO SACERDOTAL DE LEÓN XIII

Y UN NIDO DE PÁJARO

(DIÁLOGO)

I



En la única y anchurosa plaza de cierto lugarón, tan grande como vetusto, cuyo nombre huelga en este artículo, puede admirar el viajero curioso un olmo secular, que ha visto cobijarse bajo sus ramas á las diez generaciones últimas de aquellos habitantes.

Robusto y añoso tronco, que no pueden abarcar entre seis hombres, por mucho que estiren los brazos, surge en el centro de la plaza, sirviendo de

patriarca venerando á la frondosa familia vegetal, que en él toma origen y sobre él se levanta. Nacen del tronco, lanzándose atrevidas á los aires, media docena de vigas tortuosas y gruesas, por entre cuya corteza agrietada brotan millares de ramas y ramúsculos, de colgantes manojos de hojas adornados, que se extienden en todas direcciones, se cruzan, se entretejen y se enlazan, formando un globo inmenso de verdura aérea, habitación de millares de pájaros. Grande es la veneración que los montañeses, por lo general de costumbres patriarcales y puras, profesan á los árboles gigantescos, y grande es también la complacencia que las personas cultas y amantes de la naturaleza experimentan contemplándolos; pero nuestro viejísimo olmo presenta además el atractivo de escenario ó lugar de esta pequeña acción. Gravitando, por una parte, sobre el suelo con inmensa pesadumbre, y remontándose, por otra, hasta las nubes, como si intentase aprisionarlas entre sus brazos vigorosos, merece en verdad los honores de descripción fotográfica y detallada; pero ni encuentro en mi paleta los verdes múltiples que ofrece su follaje, ni tiene habilidad suficiente mi pincel para trasladar al lienzo aquellas siluetas y recortes delicados, que se destacan sobre el celeste azul del firmamento; aquellos umbrosos bosquecillos, que no ceden el paso ni aun á las sutiles y doradas hebras del sol; aquellos golpes de luz, que convierten en zafiros y esmeraldas las menudas hojas del olmo; aquellos claro-oscuros y efectos de perspectiva indescriptible; y aquellas sombras y penumbras, ondulaciones y rumores, que ni aun el genio de los grandes artistas ha sabido ni podido trasladar al lienzo. Debo decir, no obstante, para descargo de mi conciencia, que la abovedada copa del olmo no sirve únicamente á los gorriones para que se persigan por entre el follaje, triscando sin cesar y piando á todas horas como gente ligera y casquivana; ni á los jilgueros para plantar sus nidos en las ramitas más altas; ni á los ruiseñores para lanzar desde aquellas alturas sus trinos y gorjeos interminables, durante las pesadas horas de la siesta, ó dar serenatas estivales á la casta luna; ni á la cigüeña, por último, para fabricar su nido perenne de palitroques en la más encumbrada horquilla. Para todo esto sirve el gigantesco olmo, es verdad; pero también es cierto que en su copa hacen morada los chiquillos del lugar, que con detrimento de sus calzones trepan como ardillas por el tronco, cabalgan sobre las horquillas, se columpian en las ramas flexibles, se esconden en la espesura, juegan en las encrucijadas, y hasta duermen en las camas colgantes que el olmo cariñoso les ofrece. No se crea, sin embargo, que para los chicleos atrevidos y gimnastas reserva únicamente el vetusto olmo sus bondades. Tres gradas de cal y canto superpuestas protegen y rodean el corpulento tronco del árbol, y ofrecen cómodo asiento y placentera sombra á los ancianos del pueblo, que ya no pueden dedicarse á las penosas labores del campo; á los convalecientes y achacosos, á las comadres habladoras, que saben conciliar la charla con el manejo de la aguja y de la rueca; al maestro de escuela, al secretario del Ayuntamiento, al barbero del lugar, á dos seminaristas en tiempo de vacaciones, y hasta al mismo D. Jerónimo en persona, Cura párroco del pueblo, que aprovecha aquellas tertulias cotidianas y al aire libre para instruir y moralizar á sus feligreses.

Vedle, allí se acerca, cargado de años y de canas, con sencillo casquete de terciopelo negro en la cabeza, y sin más traje talar que viejísima y verdosa sotana, llena de agujeritos, producidos por las chispas del cigarro. Tanta era su afición á este pasatiempo, como su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas y su admiración entusiasta por el Papa reinante León XIII.

Las gradas del olmo estaban aquella tarde con-

curridísimas, y el Sr. Cura se aproximaba al centro de la plaza con un periódico en la mano.

II

— Santas y buenas tardes tengan ustedes.

— Bien venido, Sr. Cura, ¿qué traen los papeles?

— Muchas cosas, hijos míos, muchas cosas; pero abunda lo triste y malo.

— El mundo siempre ha sido el mismo, Señor Cura, y como dice usted otras veces, nada hay nuevo bajo la capa del sol.

— Verdaderamente, *nihil novum sub sole*, tío Pedro; pero la apostasía sistemática de las naciones taladra el corazón y llega al alma.

— Vaya, vaya, Sr. Cura (dijo una vieja que hilaba á rueca un copo de estopa, humedeciéndolo con la lengua), déjese usted de malas noticias, y venga algo alegre.

— De cuanto pasa en el mundo, únicamente me halagan y regocijan los preparativos que hacen la cristiandad y los soberanos todos de la tierra, cristianos y hasta paganos, para celebrar las Bodas de Oro del Papa.

— ¡Las bodas del Papa! ¡Jesús, María y José! En mi vida he oído cosa igual. ¿Qué, los Papas se casan?

— No, mujer; pero celebran los acontecimientos memorables de su vida á los veinticinco años con el nombre de bodas de plata, y á los cincuenta con el de bodas de oro. También se llaman jubileos, y Nuestro Padre Santo el Papa reinante León XIII cumplirá cincuenta años; esto es, celebrará el Jubileo de las bodas de oro de su ordenación sacerdotal el día 31 de diciembre del presente año 1887, pues en el mismo día del año 1837, fiesta de San Silvestre Papa, fué ordenado de Presbítero en la capilla del Vicariato por el Cardenal Vicario Carlos Odescalchi, que poco despues admiró al mundo cambiando la sagrada púrpura de Cardenal por la humilde sotana de novicio de la Compañía de Jesús.

— ¡Calla, mujer, calla; y nosotros sin saber nada!

— ¿Con que tantos preparativos se hacen para el Jubileo pontificio? preguntó un viejo socarrón.

— Muchos, tío Pedro, muchos. El movimiento es general, y el entusiasmo de los católicos indescriptible. Pocos meses hace que se han celebrado otras bodas de oro, sorprendentes, magníficas, con pompa nunca vista y verdaderas procesiones de reyes, reinas y príncipes. Me refiero á las bodas de oro del anciano Guillermo, emperador de Alemania, y de la graciosa Victoria, reina de la Gran Bretaña y emperatriz de las Indias; pero el Jubileo Sacerdotal de León XIII eclipsará al de tan poderosos soberanos, como eclipsa el sol saliente á la luna y las estrellas que corren avergonzadas á ocultarse.

— ¡Valgate Jesús! Y nosotras que nos figurábamos al pobrecito Papa, preso en su propio Palacio, sin poder salir á paseo, ni siquiera asomarse á una ventana...

— Y os figuráis perfectamente. El Papa es prisionero de Italia, y en diferentes ocasiones ha declarado *urbi et orbi*, es decir, al mundo entero, que vive *sub hostili dominatione constitutus*, esto es, bajo el dominio del enemigo.

— ¿Cómo, pues, le permiten preparar esas grandes fiestas? preguntó el maestro.

— Primeramente, porque tienen carácter internacional, y cerca del Papa están acreditados embajadores de todas las grandes Potencias católicas, protestantes, cismáticas, y hasta paganas; y en segundo lugar, porque nadie ha de sacar tanto provecho material de las fiestas del Jubileo Pontificio, de las peregrinaciones y de la Exposición del Vaticano como esa Italia que persigue al Papado; y sobre todo esa Roma que, con el Papa, será siempre al



ANTES DE LA FUNCIÓN.

(Acuarela de D. Isidro Gil.)

capital del mundo católico, y sin el Papa una simple ciudad de doscientas mil almas, como otra cualquiera. No habrá aparato oficial, ni ejércitos, ni cañones, ni tal vez reyes ni príncipes que formen el cortejo del Papa; pero, como acabo de leer en el *Boletín Eclesiástico* del Arzobispado de Burgos, « Dos hechos van á tomar forma sensible en las señales de afecto que los fieles del mundo entero depositarán á los pies del Padre venerado de las

almas y del moderador de sus conciencias: el de la poderosa vitalidad de la fe y el de la unión íntima de los católicos. Se verá en aquel día millones de fieles sometidos á los Sacerdotes, á millares de Sacerdotes sometidos á los Obispos, á centenares de Obispos sometidos al Papa, y á todos juntos, Papa, Obispos, Sacerdotes y fieles, formando el inquebrantable edificio de la Iglesia. Acaso se comprenda entonces que hay una piedra angular sobre la que es

necesario afirmar el orden moral; acaso entonces esa sociedad espiritual, á la que se ha desdeñado como inútil, cuando no se le ha perseguido como enemiga, llegue á ser á los ojos de todos el más perfecto modelo, el apoyo más sólido y el más seguro refugio de todas las sociedades humanas. Y como en esta Iglesia, tan fuertemente constituida, todo reposa sobre el Papa, acaso se comprenda entonces que es necesario rodear al Sumo Pontífice



CRITERIO DE VERDAD.

Grupo de D. José Reynés y Gargui.

Ayuntamiento de Madrid

de todas las condiciones precisas para que pueda ejercer su misión altísima con absoluta y completa independencia. »

— ¡Dios lo quiera, Dios lo quiera! clamaron las piadosas lugareñas.

Si lo querrá, hijas mías; dijo el Párroco, enterneciéndose, porque á mí no hay quien me quite de la cabeza que León XIII es el Papa destinado por la Providencia divina para recuperar el poder temporal de los Sumos Pontífices sobre el patrimonio de San Pedro.

— Se me antoja, Sr. Cura (observó el secretario del Ayuntamiento, embrollista de lugar con sus puntas y ribetes de volteriano), que no está usted bien enterado de las intenciones de este Papa, transigente y conciliador como ninguno, y dispuesto á renunciar al poder temporal en aras de la unidad italiana.

— No digas despropósitos, secretario. Esa especie hacen correr los liberales y sectarios en sus papeluchos; pero buen revolcón acaba de darles el Emmo. Rampolla, Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad, tan agudo diplomático como Obispo virtuoso, en su reciente é importantísima circular á los Nuncios. El poder temporal es indispensable para el libre ejercicio del poder espiritual, y la independencia absoluta de la Santa Sede condición precisa para el buen régimen y gobierno de la Iglesia católica. De aquí que León XIII no pierda ocasión propicia para reivindicar sus derechos al principado civil, y para protestar contra la usurpación y detención sacrílegas del patrimonio de San Pedro.

— ¡Bah, bah! Usted no conoce los antecedentes y opiniones del actual Papa; de lo contrario no hablaría usted así.

— ¿Que no los conozco? Mejor que tú, secretario, que bebes en fuentes sospechosas, de turbias y envenenadas aguas; y para que te convenzas con ello, oye los siguientes textos auténticos, que cita mi periódico.

III

Sacó el Cura sus periódicos, y dijo:

— Aquí tengo la hermosa Alocución pronunciada por Su Santidad en contestación al mensaje leído por el Cardenal Sacconi, á nombre del Sacro Colegio que felicitaba al Papa con motivo de las fiestas últimas de Navidad. León XIII hace una pintura admirable y conmovedora de la situación de la Santa Sede, y añade: « Por esta causa, Nos es evidentemente imposible acomodarnos al presente estado de cosas. Y puesto que los enemigos, fuertes con el apoyo de los poderes humanos, no omiten nada de aquello que puede perpetuar esta situación, Nós sentimos por nuestra parte el deber de renovar, contra los antiguos y nuevos atentados, las protestas más formales de reivindicar para la salvaguardia de nuestra independencia los sagrados derechos de la Iglesia y de la Sede Apostólica. » Me parece que la protesta no puede ser más clara y terminante.

— Ríase usted de protestas, Sr. Cura (dijo el maestro): es lo cierto que en otra Alocución pronunciada por el Papa en el Consistorio del 23 de Mayo último, León XIII dió á entender que solicitaba un arreglo, y que si Italia quería conciliarse, hasta estaba dispuesto á prescindir del poder temporal.

— Permítame usted, señor maestro, que me asombre. Las augustas palabras del Romano Pontífice dicen textualmente así: « Nós deseamos desde hace tiempo y con vehemencia que todos los italianos gocen de una tranquilidad segura, y que concluya el funesto disenso con el Pontificado Romano. » Si el Papa no hubiese añadido una palabra más, la malicia sectaria hubiese podido suponer que el Papa deseaba la conciliación á toda costa, aunque fuese renunciando al poder temporal; mas el Padre Santo prosiguió: « Pero esto no puede verificarse

sino respetando la justicia y la dignidad de la Santa Sede; justicia y dignidad que han sido violadas, más por la conjuración de las sectas que por la injusticia del pueblo. Por consiguiente, para que se pueda abrir camino á la concordia, es preciso que el Soberano Pontífice sea colocado en una situación que no le haga súbdito de ningún poder, y que, según todos sus derechos exigen, goce de una libertad completa y verdaderamente digna de este nombre. » Se necesita no tener ojos en la cara para no ver aquí una reivindicación implícita del poder temporal. Sin embargo, los seides de Satanás armaron semejante motín, que fué preciso desmentir oficialmente tan calumniosas interpretaciones.

— Vamos, Sr. Cura, que el poder temporal pasó para siempre, é Italia no puede renunciar á su capital.

— Lo veremos, secretario, lo veremos. Italia tiene capitales de sobra, puesto que para semejante oficio sirven y lo han sido: Turin, Florencia, Milan, Nápoles, etc., etc.

El mundo católico es el que no tiene más capital posible que Roma, la *intangible*; pues el Papa no solamente es sucesor del Príncipe de los Apóstoles, y por ende el Primado del orbe, sino también, y á la vez, el Obispo de Roma; que como es natural no ha de vivir divorciado de su esposa legítima. Roma es, pues, *intangible*, pero no como capital de Italia, sino como capital de la Iglesia católica, apostólica, romana, por esto precisamente llamada así. La unidad italiana pasará como han pasado tantas perfidias y devaneos; pero la palabra de Dios, que aseguró á su Representante en la tierra que no prevalecerían contra él las puertas del infierno, esa no pasará.

El Cura se fué poco á poco entusiasmando, é improvisó un elogio estupendo de León XIII, que hizo que los transeúntes todos se parasen y agrupasen en torno de su Párroco y debajo del secular olmo. Al concluir, el pueblo allí congregado prorrumpió en aplausos; el secretario del Ayuntamiento y el maestro no se atrevían á desplegar los labios, y el Párroco aprovechó la ocasión para proponer á sus feligreses que felicitaran á León XIII, con motivo de sus Bodas de Oro. El anciano Cura, que iba prevenido al efecto, apenas aceptaron todos su propuesta, sacó del bolsillo un mensaje, que leyó en alta voz, y decía así:

IV

« BEATÍSIMO PADRE:

Los que suscriben, vecinos de la última feligresía española en riqueza y población, pero la primera en amor entusiasta y veneración profunda á Vuestra Santidad, se humillan al pie del Trono pontificio, y para conmemorar, según lo permite su pobreza, el Jubileo Sacerdotal del Papa egregio que lo ocupa, se adhieren con alma y vida á las enseñanzas y consejos todos, que desde el foco inextinguible de esa Cátedra, cual rayos de sol esplendoroso, iluminan y adoctrinan al mundo; felicitan amorosamente á Vuestra Beatitud, deseándole tantos años de vida cuantos sean necesarios para empuñar nuevamente el cetro, y ceñir la real corona de los Estados Pontificios; imploran de rodillas la Bendición Apostólica y besan el sagrado pie de Vuestra Santidad.— Fechado en la católica España, el día de su Patrona la Inmaculada Concepción de María. »

El anterior mensaje-felicitación fué acogido con vivas, y los muchachos, que jugaban en el olmo, descendieron rápidamente como ardillas, y uniéndose al general clamoreo, empezaron á gritar:

— ¡Viva el Papa Rey! ¡Viva el Papa Rey!

El Sr. Cura, que lloraba de satisfacción, se puso á recoger firmas, é invitó á sus feligreses á que dieran cinco céntimos cada uno para la limosna de la Misa jubilar. Todos, menos el secretario y el maes-

tro, que se retiraron murmurando: ¡fanáticos! ¡carcundas! accedieron gustosos, y hasta uno de los rapazuelos que acababan de bajar del olmo se acercó con un hermoso nido lleno de pintados huevecillos, en la mano, diciendo:

— Señor Cura, yo no tengo un chavo, ni medio; pero envíele usted al Papa, de mi parte, este nido que acabo de encontrarme en el olmo.

— Bien, querido, bien (contestó el Párroco enternecido); el Papa te bendecirá indudablemente, y por tu generoso desprendimiento Dios te hará santo.

M. POLO Y PEYROLÓN.

VALENCIA, DICIEMBRE DE 1887.

SONETO

¡Nave santa de Pedro, combatida
En larga noche por borrasca fiera,
Aún sobre tí fulgura y reverbera
El sol triunfante de perpetua vida!
En el timón la diestra bendecida
Y la mirada en la celeste esfera,
Piloto augusto á la feliz ribera
Te conduce en la mar embravecida.
Aplaude el mundo al Nauta soberano,
Y la misma impiedad dobla la frente
Dudosa ante el Pontífice Romano.
En su inquieto interior ella presente
Que en el que admira venerable anciano,
El Dios que no confiesa está presente.

TEODORO LLORENTE.

LA RESIGNACIÓN PERFECTA

I

El que vamos á referir no es invención nuestra, es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas*, que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo* cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentir y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí cómo nos fué referida esta fábula, por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Tíftiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blancuquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *Mochilero*, es decir, contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda, y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebra-

das sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de hiedras; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras pederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que como inmutables obras de Dios á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado como nosotros repetidas veces, al paso de un caballo que sólo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones á que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su *marsellés* remendado y el peso de sus setenta años.

— ¿Qué hora es, tío Pellejo? — pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente á las estrellas, y contestó sin vacilar:

— La una y cuarto.

— Me parece que el reloj de usted se ha parado — dije yo chanceándome.

— Pues no se duerme el Señor que le da cuerda — replicó gravemente el tío Pellejo.

— ¿Pero no ve usted que á las doce salimos de la venta del Mimbral, y que por lo menos llevamos ya tres horas de camino?

— Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come — replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve usted allí las tres hermanas? — prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orión; — pues cuando se pone en este tiempo encima de la peña de Tempul apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora después caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal... Véalas su mercé como ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la vía láctea, que empezaba efectivamente á ocultar tras la sierra indicada.

— ¿Y por qué llama usted á esas estrellas lágrimas de la Virgen? — pregunté yo, deseando saber el significado de esto.

— Pues por lo que al pan se llama pan, y al vino vino — contestó sencillamente el tío Pellejo. — Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogían, y Dios las iba colocando en el cielo... Por eso son tantas y son tan hermosas.

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínosenos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas. ¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que, si bien no ha encontrado ningún Rubens que le pinte, ni ningún crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón, que se complace en ver en María la madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

— ¿Quién le ha contado á usted eso, tío Pellejo?

— Pues si eso lo saben hasta los nacidos... Es como el llorar, que todos los saben, nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide*; pero mire usted, señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que

esté en gloria; casi en este mismo sitio, un poco más hacia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo...! ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos...! Yo tenía tres hijos, á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro... Chana no tenía ya lágrimas que llorar, ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo, que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Misté yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde vi llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa...! Fuí allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de Africa, y por él se supo que de los tres míos había muerto el mayor en la toma de Sierra Bullones; el segundo lo mató á traición un moro en una trinchera, y el tercero, Sebastián, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo. Volví en busca de Chana, y le di la noticia... La mujer se encogió como si se viera venir encima el torreón de Tempul; los ojos se le desencajaron, y se puso más blanca que un papel.

— Vamos á Algeciras, Cristóbal — me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martellilla. Chana caminaba en la burra, *arrebuja* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo: creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo, pero aquella pena me había derramado toda *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me salía amarga... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas. ¡Me cegué...! me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

— ¡Calla esa lengua, Cristóbal...! ¡Calla esa lengua, que bien merece que Dios mate á tu último hijo!

— ¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropezadas? — grité yo más furioso!

— ¡Porque somos pecadores! — contestó con una voz, que parecía un juez sentenciando á muerte... ¡Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas, mira las lágrimas que costamos á María Santísima...! ¡Cuéntalas, si puedes...! ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos...!

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fui quedando atrás, atrás, por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

— ¡Virgen Santísima, que por mí lloraste; — decía yo á voces — si no supe lo que dije...! ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida...! ¡Madre de misericordia, cúbreme con tu manto...! ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe...!

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos á un cabo por Sebastián Pérez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

— Sebastián Pérez — dijo — entró el 25 de Mayo. Salí el 1.º de Junio...

— ¿Y para dónde ha salido? — preguntó Chana.

— Para el Campo Santo, con los pies por delante — respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

— Vamos al Campo Santo — dijo.

Y fuimos al Campo Santo; pero lo habían yacerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un Padre Cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas sin hablar.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

— ¿Qué haremos ahora, Chana? — pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

— ¿Qué haremos? — dijo. Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché á llorar como una criatura; porque, aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

— Cristóbal — me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo, — había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer é hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fué derecho al Cristo del Mimbral, y postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

— ¡Señor! — decía alzando sus cruzadas manos. — Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo.

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida llamó á su puerta la miseria.

— ¿Cómo ha de ser! — dijo entonces á su esposa. — El Señor nos ha conservado salud y brazos... El bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

— ¡Señor, — decía postrado ante la imagen; — salva su vida...! No dejes á mi hija sin madre...! devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días, dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

— ¿Cómo ha de ser! — se dijo Juan entonces. — El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

— ¡Señor! — decía, apoyando su frente en la reja; — salva á mi hija...! Anciano soy y desvalido... ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto...?

Juan volvía á su casa esperanzado, acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil: palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca, hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió el mismo sepultura á los pies de su madre.

— Perdí mi cosecha... Perdí mi mujer... Perdí mi hija! — pensaba Juan, volviendo á su hogar soli-

tario.—El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré...!

Y diariamente seguía yendo a la capilla, se arrodillaba humilde ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modo de cristianos:

— ¡Señor, aquí está Juan...!

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó a las puertas del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

— ¡Señor, aquí está Juan! — dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par...

El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

— ¿Y qué ha sido de Chana — le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

— A Chana le pasó lo que al caballo viejo, que no resiste tres días de verde, me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió a levantar nunca. Corazón le sobraba, pero el cuerpo se le iba solo a la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos.

¡Yo me quedé solo, señorito, solo!... Solo y sin más hato que el de la botella, el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista a ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompañé a los señores cuando vienen a tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral me asomo a la capilla y le digo:

— ¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... Setenta años tengo ya... ¡Señor! No se os olvide.

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima «fábula ascética», que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tanta subida perfección sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo en que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español que ha dejado de existir para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío?

¿Qué viento asolador ha arrancado a este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracán la poderosa vid que vivifica y las suaves enredaderas que embellecen...? Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazón del pobre, para sembrar el germen de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad, que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambición, que sólo pide el *pan nuestro de cada día*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa, que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... ¡que todo lo asegura...!

Pero también es cierto que a veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto; y a ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata no sólo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes encontraron al pobre *resignado*, amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos

por Dios, para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: «Al perder el pobre la paciencia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza, es cuando ha sentido en toda su brutal plenitud el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿Qué faltó primero en España... la caridad del poderoso o la resignación del desvalido?

Lector, si eres rico, haz esta pregunta a tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio al pie de aquella imagen de Cristo, que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

— ¡Señor, aquí está Juan!

LUIS COLOMA, S. J.

EL ASILO DEL SAGRADO CORAZÓN



Yo era un lector asiduo de los periódicos impíos y libre-pensadores. En ellos no leía otra cosa sino la inmoralidad del clero, la ignorancia de los católicos y la farsa de su religión.

Llegué a creer que todos los Curas eran monstruos; que la fe, además de absurda, era un comodín, y que el sórdido interés era la única guía de los que se llamaban cristianos.

Los odiaba con todo mi corazón. Yo, antes de leer esos periódicos, había oído que aunque los creyentes pudieran ser pecadores, sólo entre ellos había santos; yo había oído que aunque los creyentes pudieran ser egoístas, sólo entre ellos había mártires y almas generosas que lo sacrificaban todo por el bien ajeno; yo había oído que aunque los creyentes fueran avaros, sólo entre ellos había quien cuidara de los pobres y quien atendiera a todas las necesidades del desvalido; yo había oído que sólo entre ellos había institutos, como las Conferencias de San Vicente, que iban a buscar al hambriento en sus tugurios para darle un pedazo de pan y un consuelo; como las Hermanas de la Caridad, que iban a buscar al doliente en su lecho de dolores para asistirle y recoger su último suspiro y cerrar sus ojos; como los misioneros, que iban a buscar al salvaje en sus bosques y cavernas para darle la luz de la fe y de la civilización... Yo lo había oído; pero la lectura de los periódicos libre-pensadores, que jamás hablaban de estas cosas a no ser para zaherirlas, me las hizo olvidar y llegué a dudar de ellas.

Así los periódicos libre-pensadores me quitaron la libertad de pensar.

Una tarde... acababa yo de leer en mi periódico favorito un artículo ¡nunca lo olvidaré! que me llegó al alma.

En él se ensalzaba con vivos colores nuestro amor al pueblo, al pueblo que sufre, al pueblo desheredado; y para remedio de sus males — ¡oh, cómo me gustó esto! — se le señalaba su lepra, su llaga, su verdugo para que le aplastara. Aquella lepra, aquella llaga, aquel verdugo, no hay que decirlo, era el Cura, que, en sociedad nefanda con las beatas, predicaba una religión mentida, para vivir y engordar y gozar él a costa de los sufrimientos suyos; sí, de los sufrimientos y del sudor de ese pobre y desheredado pueblo.

Aquella tarde encontré a un Cura muy viejo, y con saña que me encendía el rostro le llamé *misérable*; y vi después a dos señoras de luto, que con mucho manto y mucho rosario salían de una iglesia, y me desahogué llamándolas *hipócritas* y... otras cosas más. Ni ellas ni el Cura me dijeron nada; si

me hubieran replicado, aquel día les hubiera quedado memoria de mí.

Tal era el estado de mi ánimo.

Seguí andando sin saber a dónde, revolviendo en mi cabeza el artículo aludido, y creo que hablando solo; ello es que la gente me miraba.

Yo nada de eso veía; pero cada vez iba en aumento mi indignación, y cuando por acaso reparaba en los suntuosos palacios que los ricos han levantado para su comodidad y lujo, no podía menos de volver a saborear la amargura del artículo de mi periódico.

La tarde era sombría, y aunque faltaban algunas horas para ponerse el sol, la niebla, que llegaba hasta el suelo, daba al paseo de la Castellana no sé qué aspecto lúgubre que nunca podré olvidar.

Todo me parecía sombras chinescas en el negro manto de un presbítero. Los coches que pasaban se me antojaban frailes con capucha; los árboles, torres de iglesia, y las gentes todas, sacristanes y acólitos que iban agavillando dinero y más dinero para llenar la andorga de los Curas.

Caminando, caminando, llegué al barrio de Salamanca, y recorriendo a la ventura sus calles, tropecé en la de Claudio Coello con un edificio grande, muy grande, que me llamó la atención.

— ¿Qué será esto? — me pregunté.

Aquel edificio de piedra y ladrillo era, más que un palacio, un alcázar. Amplio, rectangular, de varios pisos y con multitud de ventanas, algunas de ellas ojivales.

— ¿Cuánto dinero habrá costado esto, y quién vivirá aquí?

Más y más me acordé entonces del pobre pueblo desheredado, que vive en buhardillas inmundas o duerme a la intemperie.

— Aquí vivirá — me decía — alguna de esas marquesonas que sólo piensan en ir al Teatro Real y en dar misas para los jesuitas. ¡Pobre pueblo! ¡Para ti nada! ¡Todo, en cambio, para los hipócritas de la Religión!

Comenzó a llover, y no sin repugnancia me fui a cobijar en el quicio de una de las puertas laterales del edificio en cuestión, siguiendo en mis meditaciones contra el clericalismo y las beatas.

— ¿Cuánta dinamita haría falta para hacer volar esta casa inmensa? ¡Oh, poca, muy poca! Ese es tu consuelo, pueblo infeliz; con dos pesetas puedes aniquilar en un momento lo que ha costado millones y millones y años y años.

Entreteníame en estos y parecidos soliloquios, cuando un rapazuelo, modestamente, pero bien vestido, atravesó rápidamente la calle, y se entró en el edificio por la misma puerta en que yo me hallaba.

Me dió las buenas tardes, y yo, mirándole atentamente, le detuve en el dintel, cogiéndole por la solapa de la chaqueta.

El muchacho quedó sorprendido; mas yo, que entonces me hallaba poseído del espíritu de redentor de la humanidad, y que iba a ejercer instintivamente una de las funciones más sagradas del libre-pensamiento, sin darle tiempo para asustarse, le pregunté en tono... no sé en qué tono... pero debía tener algo de sobrenatural:

— ¿Eres pobre?

— No, señor, — contestó resueltamente el rapaz.

— ¿Cuánto capital es el tuyo?

— No tengo capital; pero creo que es un capital inmenso.

— ¿Y tus padres?
 — No tengo padres; se me murieron hace tres años; pero sí, sí tengo padres...
 — Tú estás loco, chiquillo. No dices más que tonterías. Contesta concretamente. ¿Comes?
 — Muy bien.
 — ¿Duermes?
 — En buena cama, con catre de hierro, colchón, sábanas, mantas... ¿Quiere usted verlo?
 — ¿Pues dónde vives?
 — Aquí en este palacio.
 — ¿Eres hijo del portero?
 — No, señor. ¿No le he dicho á usted que mi padre se murió hace tiempo? Se murió en el hospital, de resultas de haberse caído de un andamio. Vivo aquí. Entre, éntre usted y lo verá todo.

Y el chico, que rebosaba salud y alegría por todos los poros de su cuerpo, abrió la puerta, y yo, inerte, me fui tras él...

* *

A medida que nos internábamos por aquellos claustros y salones, mi admiración subía de punto. ¡Qué orden, qué elegancia, qué limpieza, qué lujo!
 — El dormitorio. ¡Cuántas camas, y qué limpias, y qué bien puestas!

— El comedor. ¡Qué profusión de mesas y de bancos, relucientes como los oros!

— La cocina. ¡El olorcillo sólo bastaba para resucitar á un muerto!

— Vea usted, vea usted — me decía el rapaz. — Aquí hay una imprenta; mire usted qué hermosa y cuántas máquinas. Aquí un taller de encuadernación... Aquí uno de zapatería... Aquí están las escuelas.

En todos estos sitios vi multitud de jóvenes, unos trabajando, otros estudiando, todos robustos y alegres.

— Todos son huérfanos como yo — añadió mi comunicativo *cicerone*; — pues como usted sabrá, este es el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús, en el que á los que no tenemos padre nos dan albergue y comida y ropa, y nos instruyen y nos enseñan un oficio para que podamos ganar luego honradamente la vida.

— ¿Y quién hace eso? ¿El Gobierno, eh?
 — ¡Ca! no, señor. Aquí está la habitación de la señora que fundó este Asilo. Se llamaba Ernestina, y era una señora que no hacía más que rezar; y con dinero suyo, y pidiendo por amor de Dios, se las arregló yo no sé cómo; el caso es que á mí me trajo á esta casa el Sr. Cura de la parroquia... Dios los bendiga.

* *

Hubiera dado de bofetones al locuaz muchacho por su atrevimiento. No lo hice no sé por qué.

En aquella habitación de aquella *beata*, habitación cuya pobreza me sorprendió no menos que la suntuosidad del resto del edificio, sentí muy encontrados afectos. Miré al muchacho de hito en hito queriendo tragármelo con los ojos; pero él clavó en mí los suyos; y de los míos brotaron dos lágrimas traidoras, dos lágrimas que borré con los puños con que pensé haber triturado al imprudente rapazuelo.

* *

Salí de aquella habitación y de aquella casa, no sin que el tenaz muchacho me siguiera diciéndome á voces que cuidaban de ellos unos religiosos muy buenos, que se llaman los Hermanos de la Doctrina Cristiana, y dándome otras noticias que yo no quería oír.

En el portal encontré á un Cura que entraba, y luego á dos señoras, que creí eran las mismas á quienes yo había insultado poco antes.

Esta vez no los insulté.

* *

Como si algo me detuviera todavía junto á aquel palacio levantado á la orfandad por beatas y Curas, volví á entrar en él por otra puerta, abierta de par en par, y sin querer di en la Iglesia.

Espaciosa, ojival, sobria y graciosamente adornada, no sé lo que me pareció. Sólo recuerdo que, medio convulso y temblando, como las lámparas que ardían en el altar, me pareció la imagen del Cristo crucificado, alumbrado por ellas, un foco inmenso donde la fe de los cristianos recibía y depositaba constantemente el amor á los hombres.

Creo que me arrodillé, y que al salir de allí puse una pobre moneda en el cepillo que en la puerta había.

* *

Aquella noche fui á mi casa más temprano que de costumbre.

Mis pequeñuelos jugaban á los soldados, ó por decir mejor, á los voluntarios de la libertad.

A la sazón se disponían á fusilar á un muñeco vestido de Cura.

Yo les había hecho este muñeco, y también las monteras, con mis periódicos libre-pensadores.

El fusilamiento no se llevó á cabo, y las monteras fueron á la lumbre.

¡Ay! Tenía muchas ganas de llorar, y sentando en mis rodillas á mis hijos, que el día que yo muera serán desheredados también, contemplando sus rubios cabellos junto á mis canas, meditando en su porvenir, no pude menos de sentir alegría inefable, pensando en los asilos que edifica la caridad cristiana dirigida por beatas y Curas; no pude menos de pensar en la dicha de los pobres socorridos por el espíritu de Jesucristo; no pude menos de acordarme del Crucifijo, centro de esta Religión de amor y de salvación.

Y aquella noche se rezó el Rosario en mi casa.

M.

(De El Cruzado.)

EL NACIMIENTO DE JESÚS

En dos noches ví el mundo sepultado
 Y en dos sombras, tinieblas y pecado,
 Muy fúnebres las dos:

Y sobre aquel olvido sin un ruego,
 Sobre el letargo aquel del mundo ciego,
 Velaba sólo Dios:

Vi un ángel de alas de oro y pedrería,
 Sublime en esplendor y jerarquía,
 Nacido de la luz;

Que cruzaba en los célicos espacios
 Con perlas, amatistas y topacios
 El signo de la Cruz:

Y la Cruz que las sombras y vapores
 Vistió de fulgurantes esplendores,
 Tenía por blasón

Espinas, y una lanza y unos clavos,
 Con la letra: « Yo doy á los esclavos
 Salud y redención. »

Luego el ministro al lado del Eterno
 Escuchaba bramidos del infierno,
 Que airado resonó;

Y alzando sus dorados aldabones,
 Las puertas del Olimpo y sus regiones
 De par en par abrió.

Puertas que se cerraron rechinantes
 Sobre goznes de nítidos diamantes,
 Cuando engañado Adán,

Seducido de lágrima hechicera,
 Trocó toda su gloria duradera
 Por muerte y por afán.

El Todopoderoso, el Santo, el Fuerte,
 Delante cuya faz marcha la muerte,
 Que sin origen es;

Que disipa los pueblos y naciones,
 Y encorva las montañas y peñones
 Debajo de sus pies;

Que sobre nubes altas conducido,
 Y de las tempestades precedido
 Domina el Aquilón,

Sopla desolaciones plañideras
 Y sacude cual frágiles mimbreras,
 Cipreses de Sión,
 Serenó con un rayo de alegría,
 Su ceño que el Olimpo estremecía,
 Y al éter dió fulgor,
 Y un misterio pasó sobre las nubes,
 Velado con las alas de Querubes,
 Misterio del amor.
 Entre los astros fúlgidos y bellos,
 El que más fulguraba en sus destellos
 Iluminó á Belén.
 Y plateó los henos do yacía
 Desnudo el que vistió de luz el día,
 Pobre y niño también.
 Los ángeles que en coro se agrupaban,
 En la choza sus himnos entonaban
 Y en amorosa unión
 Sus plumas tan simétricos ponían,
 Que encima de la cuna suspendían
 Un santo pabellón;
 Venían al candor y la hermosura
 De una Virgen y Madre siempre pura,
 Sagrario de bondad.
 Y por un cielo solo que dejaban,
 Dos cielos en sus ojos contemplaban,
 De eterna claridad.
 Toda llena de gracia; fiel paloma,
 Y lirio de los valles del aroma
 Que el aura embalsamó;
 Hacedillo de mirra del Amado,
 Fuente de la salud, Huerto cerrado,
 Rosal de Jericó.
 Escogida cual sol, mar de bonanza,
 Madre de dilección y de esperanza,
 Consuelo celestial.
 Bendita, porque arranca nuestro luto,
 Y bendita mil veces por el fruto
 Del seno Virginal.
 El sueño sacudid, tristes mortales,
 Veis ya llegado el fin de vuestros males,
 Y término al dolor;
 Pues hecho criatura y en pobreza,
 Nace el que te formó naturaleza,
 Vistiendote de flor.
 La alegría del cielo gime y llora,
 Y al Todopoderoso auxilio implora,
 Con un triste gemir;
 Y sufre con el frío dura escarcha
 Aquel eterno Sol, que alegre marcha,
 Por cielo de zafir.
 ¡Oh lágrimas que al suelo vais aprisa!
 Las precursoras sois de nuestra risa,
 Del suspirado bien.
 Maná que nos recrea y nos convida,
 Nos da la redención y abre la vida
 Del venturoso edén.
 Bendecid ¡oh mortales! ese lloro,
 Y de los serafines almo coro,
 Seguid y acompañad.
 Gloria demos á Dios que habita el cielo,
 Y la paz á los hombres en el suelo,
 De buena voluntad.

JUAN AROLAS.

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

MENSAJE DIRIGIDO Á SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII
 POR LAS SEÑORAS QUE CONSTITUYEN LA JUNTA
 DIOCESANA DEL JUBILEO SACERDOTAL.

Beatísimo Padre:

La presidenta y demás señoras de la Junta diocesana de Madrid, desde el momento que fueron invitadas por su amado Prelado para promover en esta capital de la monarquía española todo lo que estimasen conducente á celebrar con la mayor solemnidad posible el *Quincuagésimo aniversario de Vuestra Ordenación Sacerdotal*, consideraron un deber asociarse con tan santo fin; y no recuerdan haber tenido jamás alegría tan legítima ni consuelo espiritual tan grande como el que han experimentado en emplearse para lograr el aumentar las limosnas destinadas al *Dinero de San Pedro*, y reunir objetos útiles y de mérito artístico para la *Exposición Vaticana*.

Aunque menores que nuestros deseos los frutos de nuestro trabajo, tenemos el honor de ofrecérselos á Vuestra Santidad, como á nuestro amantísimo Padre y Pastor Supremo de la Iglesia católica, en

testimonio del amor filial, de la profunda adhesión y de la obediencia incondicional que, siguiendo los ejemplos edificantes y venerandas tradiciones de nuestros mayores, profesamos á vuestra augusta y sagrada Persona y á esa Santa Sede Apostólica.

Esa sincera manifestación de nuestros sentimientos nos es tanto más grata, en tanto que consideramos que, unida á las demás con que todos nuestros hermanos en la fe, diseminados por el orbe católico, atestigüen su devoción al Vicario de Jesucristo, podrá contribuir en alguna manera al mayor brillo y esplendor de vuestra gran *Fiesta Jubilar*, y servir al propio tiempo de suavísimo consuelo á vuestro corazón paternal, en medio de la tribulación que siente desde que la Cátedra Apostólica fué privada de la independencia y libertad que necesita el sucesor de Pedro para gobernar la Iglesia universal.

Entre tanto que rogamos á Dios por la importante salud y preciosa vida de vuestra Santidad, nos permitimos pedir os humildemente, Beatísimo Padre, se digne enviarnos la Bendición Apostólica, así para nosotras como para nuestras familias, á cuyo señalado favor quedaremos siempre agradecidas.

Madrid 8 de Diciembre de 1887.—B. L. S. P. de vuestra Santidad sus obedientes hijas.—(Siguen las firmas.)

He aquí el Breve dirigido por Su Santidad al cardenal Lavigerie:

«Amadísimo hijo:

Salud y bendición apostólica.

Hemos recibido con gran complacencia, y conservaremos, el precioso regalo que Nos habéis recientemente enviado: hablamos del antiguo Lipsanotico de plata encontrado en las ruinas de un edificio cristiano, en los confines de Túnez, y al cual dan un valor inapreciable su antigüedad y los interesantes recuerdos que evoca.

Al contemplar, en efecto, este precioso memorial, recuerda el espíritu los gloriosos tiempos de la antigua Iglesia africana, que después de haber recibido de Roma la luz del Evangelio, resplandeció particularmente en la Numidia y en la Mauritania, con todos los fulgores de las virtudes y de las ciencias cristianas. ¡Pero qué espantosas catástrofes siguieron á tanta grandeza! En verdad que es obra difícilísima levantar de nuevo tan vastas y completas ruinas.

Pero confiando en la ayuda de Dios y en la unión de nuestras fuerzas, debemos trabajar para ello con valor y constancia; en ellos hemos puesto y seguiremos poniendo todos nuestros cuidados. Pero vos también Nos ayudaréis; vos, que de tantos y tan grandes servicios os es ya deudora esa tierra africana; servicios que os colocan en el número de los hombres que más han merecido del Catolicismo y de la civilización.

Pidiendo, en su consecuencia, al Señor conceda éxito venturoso á vuestros afanes y trabajos os damos amorosamente, amado hijo, así como á vuestro Clero y á todo vuestro pueblo, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 10 de Diciembre de 1887, año décimo de nuestro Pontificado. LEÓN XIII, PAPA.»

La princesa Clementina de Coburgo ha dado al cardenal Hoynald, que ya está en Roma, el encargo de presentar sus homenajes al Papa, con ocasión de su Jubileo Sacerdotal, y poner en sus augustas manos el regalo de la princesa. Este regalo consiste en un cáliz que lleva grabadas las armas pontificias, junto con las de los Coburgos y los Borbones, con esta inscripción: «Homenaje de una hija de San Luis al sucesor de San Pedro.»

El *Kurjer Poranny*, de Varsovia, anuncia que la facultad de Teología católica de San Petersburgo envía magníficos y sorprendentes regalos á Su Santidad con motivo de su Jubileo.

Esta noticia es un mentís á la afirmación de los diarios alemanes, que aseguraban que, por orden del Czar, se había prohibido á los católicos del imperio enviar regalos de ninguna clase al Papa.

Entre los más conmovedores presentes llegados á Roma con motivo del Jubileo, figura, sin duda alguna, el regalo de los ancianos de las *Hermanitas de los pobres*.

Treinta mil ancianos, recogidos en 251 casas de estas humildes heroínas de la caridad, han recogido, á diez céntimos cada uno, la cantidad de 12.200 francos.

A esta limosna de los ancianos han añadido las Hermanas, fruto de sus colectas, 10.308 francos.

BIBLIOGRAFÍA

Almanaque del Asilo de Huérfanos, para el año de 1888.—Madrid, Tip. de los Huérfanos, 1887.

La publicación de este Almanaque constituye uno de los ingresos del Asilo de Huérfanos, fundado por la virtuosa y llorada Ernestina Manuel de Villena. No es de extrañar, por lo tanto, así el esmero con que la Junta de señoras procura hacerle agradable y útil, como el buen deseo con que escritores ilustres concurren con sus trabajos á afianzar el éxito de dicha publicación. Adquirir un ejemplar de este Almanaque equivale, pues, á dejar una limosna para el Asilo, ya que sus gastos materiales son los estrictamente necesarios y gratuita y generosa su colaboración; pero, aunque así no fuera, aunque sólo se tratase por el lector de adquirir en cómodo precio un buen Almanaque, el del Sagrado Corazón satisfaría plenamente su deseo.

Para que se comprenda la legítima importancia de esta publicación, nada más oportuno que el hacer constar que en este interesante folleto, después de un completísimo santoral, en el que se da á la parte eclesiástica toda la importancia que merece, se insertan trabajos literarios de la Sra. María de la Peña, y de los Sres. Fernández, Shaw, Fernández-Guerra, (D. Aureliano), Cámara (Fray Tomás), Muñíos Sáenz, Velarde, Castro y Serrano, Fernández Grilo, Coloma, Mir, Peris y Pascual, Iranzo, Donoso Cortés, Ossorio y Bernard, Bodria, Llanes Montull, Ossorio y Gallardo, Zapater y Ugeda, Ortega Morejón, y otros muchos y distinguidos escritores.

NOTICIAS

El Ilmo. Sr. D. Santos Zárate y Martínez, Obispo de Almería, hizo su solemne entrada en la capital de su Diócesis el 23 de Diciembre próximo pasado; habiendo sido recibido con todas las demostraciones de respeto y aprecio que merecen la alta dignidad de que se halla revestido y sus relevantes cualidades de virtud y de ciencia.

Ha salido en dirección á Roma una comisión del pueblo de Verdú compuesta por los Rdos. Sacerdotes D. Andrés Gener y D. Juan Ferrer y los señores alcalde D. Pablo Ribé y teniente de alcalde D. Ramón Cases, la cual se dirige á la Ciudad Eterna, en representación de dicho pueblo, para asistir á la solemne canonización del Rdo. Padre Pedro Claver, de la Compañía de Jesús, cuyo acto deberá celebrarse el día 15 del corriente. Marchan también en compañía de la citada comisión varios otros vecinos de Verdú y el Sr. Director de las obras de la casa-convento que se ha levantado en honor del santo jesuita.

El Círculo Católico obrero de San Vicente Ferrer de Valencia ha solemnizado el Jubileo papal con una misa de Comunión, en la que se acercaron á la Mesa Eucarística 960 socios, y con una velada literario-musical que se celebró el domingo por la noche. El salón de actos de la casa social estaba bien decorado, y ocupado completamente por el público. En el estrado ocupó la presidencia el doctor D. Vicente Rivera, digno conciliar de la Sociedad, comenzado la velada ejecutándose al piano una sinfonía por el joven organista de San Esteban señor Domínguez.

Ocupó en seguida la tribuna el Dr. D. Carlos Ferris, encargado del discurso, en el cual hizo una discreta biografía del Sumo Pontífice, ensalzando sus virtudes, su talento y su carácter, que le han valido la inmensa influencia que hoy ejerce en el mundo, no sólo sobre los pueblos católicos que le obedecen como al sucesor de San Pedro, sino sobre las naciones que viven separadas del seno del Catolicismo; probando filosóficamente la importancia de León XIII en la historia contemporánea, y relacionando esta importancia con la historia del Papado. El numerosísimo auditorio aplaudió el bien escrito discurso del Sr. Ferris.

Cantóse después, acompañada al piano, una composición titulada *Stela confidante*, leyéndose á continuación poesías por varios señores socios, entre ellas una por D. José Guzmán Gualar, dedicada á Su Santidad León XIII; otra, en dialecto valenciano, alusiva al acto y dedicada á D. Vicente Rivera Tarragó, por D. Salvador Juan García; otra, dedicada á Su Santidad León XIII, Papa y Rey, por

Don Luis Costa; un romance sobre la peregrinación á Roma, por D. Salvador Juan Soriano; otra poesía, leída por D. José Guzmán Gualar, escrita en versos latinos por Su Santidad León XIII, y traducida al castellano. Después se cantó la Salve del maestro Mercadante y una composición que lleva por título *Mi Madre*, que fué cantada por D. Facundo Domínguez, acompañándose al piano.

El presidente, Sr. Rivera, cerró la sesión con un sentido discurso dando las gracias á cuantos habían tomado parte y habían concurrido á aquella velada.

Hace diez años en Francia, antes de secularizar la enseñanza, existían 7.500 escuelas congregacionistas, las cuales facilitaban la enseñanza cristiana á 500.000 alumnos. Hoy hay 10.067 escuelas congregacionistas, que enseñan á 1.070.000 discípulos.

El gran Consejo de Friburgo (Suiza) ha acordado que los dos millones y medio que producirá la conversión de la Deuda se destinen á construir una universidad católica. Esta determinación ha sido recibida con gran entusiasmo por los numerosos católicos de aquel cantón.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Zamora, D. Crisanto Escudero de la Casa, Deán de la Catedral.

En Avila, el Beneficiado de aquella Santa Iglesia Catedral D. Manuel Barreiro Martínez.

En Valencia, el Presbítero D. Ramón Alamar y Fos, Vicario de la Parroquia de San Valero.

En Madrid, el ejemplar Sacerdote D. Francisco Calvo, Director de *La Revista Religiosa*.

BANCO DE ESPAÑA

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se expresan á continuación pueden presentarse en las oficinas del mismo desde el viernes 13 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual:

Acciones de Obras públicas.

Idem de la Compañía general de Tabacos de Filipinas.

Idem de la Compañía La Unión y el Fénix Español.

Idem del Banco Hispano Colonial.

Idem del Banco Hipotecario de España.

Idem del Ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Idem del Ferrocarril del Norte de España.

Idem del Ferrocarril de Langreo á Gijón.

Billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba (Emisión 1886).

Inscripciones nominativas de Deuda perpetua al 4 por 100 interior.

Obligaciones de la Sociedad Trasatlántica.

Idem de la Sociedad de Altos Hornos y Fábricas de hierro y acero de Bilbao.

Idem de la Sociedad del Tranvía de Estaciones y Mercados.

Idem del Ferrocarril de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

Idem del Ferrocarril del Norte de España (3.ª serie).

Idem del Ferrocarril de Tudela á Bilbao.

Idem del Ferrocarril de Langreo á Gijón.

Idem del Ferrocarril de Barcelona á Zaragoza.

Idem de prioridad del Ferrocarril Zaragoza á Pamplona y Alsasua y Zaragoza á Barcelona.

Idem del Ferrocarril de Sevilla á Jerez y Cádiz.

Madrid 12 de Enero de 1888.—El Secretario general, Juan de Morales y Serrano.

JABÓN REAL VIOLET JABÓN
de THRIDACE 29, B⁴ des Italiens, PARIS VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 423.